

Los episodios nacionales

EL RAYO DE ESPERANZA

Vamos a hacerle caso a Julián Marías—que es persona a la que se puede hacer caso con poco temor a equivocarse—y a tener un "entusiasmo escéptico" o una "melancolía entusiasta". No es que de pronto se haya hecho la luz cuando parecía que se habían fundido todas las bombillas o que estaban secas las pilas de todos los tímbrs que "vos apretás", como dice el tango. Pero así, un poco a lo lejos, se vislumbra—como dicen todavía los poetas de provincias—un rayo de esperanza.

En la política española había sonado la voz del "croupier": ¡Hagan pacto, señores. No va más! O jugársela, o cerrar por derribo. Y Adolfo Suárez se la ha jugado llamando a la Moncloa a los representantes de esos partidos políticos que—con la vista más o menos lejos—están esperando su hora de participar en el poder. Y ha habido pacto. Ya hay pacto sobre la economía, y muy pronto puede haberlo sobre el orden público. Ahora sólo falta que las confederaciones empresariales y las centrales sindicales acepten el pacto y entren por uvas, y que después cada uno de nosotros aceptemos la parte de responsabilidad que nos corresponde. ¡Casi nada! Pero, por lo menos, hay pacto. Y ya nadie podrá decir que nuestros gobernantes y nuestros representantes en el Parlamento no han sabido ofrecernos ninguna solución.

A lo mejor, todavía podemos enderezar nuestra economía. A lo mejor, acertamos—como explica Garrigues Walker, no el ministro, sino el otro, porque ya se sabe que el clan Garrigues es largo y ancho, que han hecho los ingleses—a frenar la inflación hasta ese siete y pico envidiable, a ir remediando el paro, a ir salvando a las empresas. A lo mejor, hasta sube la Bolsa. Y entonces ya habremos consolidado la democracia, aunque la política siga dándonos los sustos inevitables, porque lo que no está dicho es que tengamos que confundir la democracia con el país de Jauja, y ya no podrán decir los de Fuerza Nueva en sus pancartas que "antes estábamos francamente bien y que ahora estamos realmente mal". No es que yo les tenga manía a los de Fuerza Nueva, porque yo manía, lo que se dice manía, no se la tengo a nadie, sino que veo que lo peor que le podría suceder al país es tenerles que dar la razón, porque no predicen más que catástrofes, y porque la solución que nos dan es esa que coreaban el otro día en la manifestación: "Ni Suárez ni Carrillo, queremos al Caudillo", como si el Caudillo estuviese en la isla de Gomera, que es donde enviaban antes a los disidentes políticos y a los del contubernio de Munich, para recomenzar otros cuarenta años de democracia orgánica.

A propósito de la manifestación del viernes, me decía un amigo que los periodistas no sabíamos ni contar y que nos tenían que llevar de nuevo a los púlpitos de la escuela a cantar la tabla de multiplicar. Porque se ha quedado sin saber a ciencia cierta cuántas personas acudieron a la manifestación. La televisión dijo que habían ido "unos miles de personas", que aunque es una cantidad indefinida, da la impresión de que fuesen tres o cuatro mil. Los organizadores llegaron a hablar de un millón, seguramente para no quedarse atrás en lo del recuento de la fiesta del pecé. Algunos periódicos hablan de cincuenta mil, otros de cien mil y alguna agencia da la cifra que, así, a bulto, parece más creíble: ciento cincuenta mil. Yo tuve que contestarle que eso era por la falta de costumbre, porque antes las cifras de las manifestaciones y de los referenda—que otros escriben referendums—nos las daban en el Ministerio, porque eso no era una cosa optable. Por entonces, los periodistas no podíamos inventarnos las cifras ni las letras, y en cuanto había que opinar de algo, nos daban la opinión hecha desde el Ministerio. Nos quedaba el recurso de sacar coplas en la redacción y de reírnos un poco de nosotros mismos, que es una risa sana y democrática. Por ejemplo, recuerdo aquella copla que decía:

"En cuestiones de opinión,
no cabe ningún misterio.
Siempre tiene la razón
el que está en el Ministerio."

En otra ocasión, la información que llegó del Ministerio decía que al llegar el Caudillo a no recuerdo qué pueblo, las campanas habían doblado. Alguien llamó para decir que el doblar de las campanas era forma de respeto y no de alegre bienvenida. Pues nada. Allí decía "doblar" y había que repetir que las campanas habían doblado. Pepito Montero Alonso hizo inmediatamente los versos de rigor:

"El doblar, que es toque serio,
puede serlo de optimismo
si lo manda el Ministerio
de Información y Turismo."

Quizá por todo eso a don Pío Cabanillas le ha gustado más ser ministro de Cultura que volverlo a ser de Información, y quizá por eso ahora damos cada uno las cifras que nos da la gana, y el lector que se quede con la que más le guste. Lo que el lector puede hacer es tomar la mínima y la máxima y sacar la media, y así se acercará no a lo cierto, sino al que más mienta. Pero ya he-

gará el verano y también nosotros nos acostumbraremos a aproximarnos a la verdad democráticamente, o el lector dejará de leerlos, también democráticamente.

Un periódico alemán, según cuenta José María Javierre—y yo me lo creo porque nunca he conseguido aprender el alemán, aunque lo estudié en el bachillerato—, dice que en la fiesta del pecé hubo dos millones de personas, y no digo de "almas" por no herir a los teólogos preconciarios y antimarxistas. Y me gustaría saber las cifras que dan esos seiscientos enviados especiales que llegaron ayer a Barcelona para informar de la entrada triunfal del honorable Tarradellas en la Generalidad. Cada uno dará una distinta; pero la verdad es que Cataluña, después de todas las peripecias y tiquismiquis en torno al honorable, habrá recibido "masivamente", como se dice ahora, al hombre-símbolo de su autonomía.

Y ahora tendrá que hacer su gobierno, como dicen que va a hacer el presidente Suárez en cuanto liquide en las Cortes eso de los pactos de la Moncloa. Porque una cosa es que se vislumbre un rayo de esperanza, y otra, que no pasemos de una crisis a otra. Ahora, cuando parece que vamos a poner la primera piedra de la solución de la crisis económica, ya empezamos a hablar de la crisis política. Y ya empiezan a darse nombres de cesados y de ministrables. Por de pronto, el señor Jiménez de Parga dice que él sigue, que es lo mismo que dijo hace tiempo el señor Arespacochaga, y todavía le tenemos de alcalde de Madrid, y además permitiéndose el lujo de irritar a los ultras acudiendo a la fiesta del pecé. Don Joaquín Garrigues dice que él no sabe nada. Y otros dicen que eso del cese de Martín Villa era un invento. Realmente, lo del cese del señor Martín Villa no podía menos de estar en los rumores, porque no se puede empezar a detener tanto a los de la ultraderecha como a los de la ultraizquierda, a los del Grapo y a los de la Triple A, sin que alguien empiece, por un lado y por otro, a pedir la dimisión. Lo que parece más probable es que no cese un ministro del Interior cuando acaba de tener unos éxitos espectaculares, y además de detener a diestro y siniestro del país, ha localizado a la banda internacional de delincuentes, que se habían venido aquí creyendo que el monte era orégano, y a los fugados del hospital de Basurto. Y además ha elaborado unos textos sobre la reforma del orden público que entra dentro de lo que puede ser una aceptación casi unánime de los partidos políticos. Otros van más allá, y aventuran que la crisis puede alcanzar al mismísimo presidente, cosa que en estos momentos, sea más o menos probable, no se atreverían a creerlo ni siquiera aquellos que estén dispuestos a sustituirlo. Pero don Luis Olarra, que se ha empeñado en decir frases para la historia y en convencer a Paco Umbral mandándole vino, dice que la crisis no está en el Gobierno, sino en la persona del presidente. Eso que hace don Luis Olarra es intentar convencer a los inconvenientes—porque Paco Umbral siempre está convencido de todo lo contrario de lo que uno quiere convencerle—y de tocar a los intocables, porque, hasta ahora, tirios y troyanos creen que todo es posible en política menos que se vaya don Adolfo Suárez. Digo "hasta ahora", porque en política lo que es imposible hoy está cantado mañana. Pero mañana ya será otro día.

Don Juan de Borbón—no el que menciona don Fernando Álvarez de Miranda en sus discursos de las Cortes, confundiendo con su hijo, sino el de verdad—se ha ido a Velingtonia, 3, a felicitar a Vicente Aleixandre por el premio Nobel y le ha llevado una carta del Rey en la que le dice que le va a imponer la gran cruz de Carlos III, que hasta ahora parecía estar reservada no para los premios Nobel, sino para los ministros. Así, que a lo mejor a algunos ex ministros, todos con la gran cruz de Carlos III, se enteran de quién es Vicente Aleixandre. Y no cito ejemplos por no molestar. Mientras don Juan de Borbón se iba a ver a Aleixandre, Salvador Dalí se venía a ver al Rey. "Algo le habrá vendido", me comenta mi amigo el malicioso. Porque Dalí tiene fama de "vender bien", y por eso Rafael Alberti, que fue su amigo de juventud, dice ahora de él que es un mercachifle.

Si no hubiese sido por lo del Club Siglo XXI, la noticia curiosa de la semana estaría en ese robo del coche del ministro Garrigues mientras invitaba a tomar café a su conductor y al agente de su escolta. Y es lo que decía un "ultra": "Que se fastidie. Eso le pasa por demócrata. Ahora, cada vez que me lleva el conductor mío a una cafetería, me pregunta: ¿Qué? ¿Usted no es como el ministro Garrigues?" Lo del Club Siglo XXI es algo natural en una democracia: que el jefe de un partido de derechas como Manuel Fraga va a presentar al jefe de un partido de izquierdas como Santiago Carrillo, y conste que un gracioso lo habría dicho en vicerversa. Y algunos se han ido del Club Siglo XXI. No te preocupes, querido Antonio Guerrero Burgos: esos que se han ido no estaban en el Club Siglo XXI: estaban en el Club Siglo XII.

Jaime CAMPANY